

LA INUNDACION

Sortilegio estuvo sus últimos días frente a la imagen. Así lo dijo después Rafaela en la cocina.

Allí estaban todos a la hora del desayuno. Honorio no entendía el por qué de la insistencia de Cristina, si él hace muchos años llegó a tener hasta siete mujeres y ahora ahí lo pueden ver, entre cuatro paredes desteñidas por la inclemencia del tiempo. De un lado para otro. Cada día perdiendo más la memoria.

Ahí está Sortilegio, el loco más conocido de este pueblo, el que años atrás atormentaba corazones. Ahora no era otra cosa que la nube negra, la mala hora de Papelón.

La última noche era ese día. Un día luego de las fiestas patronales. Una noche antes nada más, se había bailado en el pueblo.

Margarita bajó de la Sabaneta con toda su triponera para ver a los cantores que estaban ensayando en la cabaña de Lourdes, "La Ardiente", "La Salta el ojo", la que un día llegó por el camino de Boconó, luego de burlar las fronteras de su país.

De Acarigua habíamos llegado. La mesa con su tela de popelina engrapada hasta los nepes. El Cristo que Sortilegio había regalado hacía años.

Se sabía que el Río venía con el mismo rugir de la noche.

A esa hora nadie pensó que las casas de allá abajo fueran las primeras en anunciar la inundación. El galope de unas aguas amasadas con raíces, troncos y animales muertos.

La novedad se agravó cuando las aguas se llevaron el altar y la foto desteñida de Ramona Vaquero.

Comenzaron las carreras. Las trojas pasaron a ser las casas y el agua el miedo enterrado hasta las uñas. Arriba estaba Sortilegio, con sus manos en alto, construyendo brujerías, amarrado a la alcayata con los cuatro santos en sus brazos.

El agua corría con más intensidad. Camiones cargados de personas, de café, ajonjolí, arroz y miles

de cosas subían hacia "La California".

Esa es la mala hora perenne de este pueblo. Todos los años el cuero de las reses pasa a ser un promontorio de lágrimas y el Pobre Ramón, no termina de contar con su tragedia. El techo de las casas apenas se podían divisar y los muchachos ensayando a riendas sueltas sus ansias de nadar.

Allí en "La California" un vendaval de voces corría como un hilo por la montaña. ¿Qué será de Sortilegio? ¿A dónde iría a arrinconar sus demonios? ¿A dónde irían a parar Carmen Hilaria, La Negra Núñez, la reina más bella que conoció Papelón, según la boca de Don Pirela?

Las horas transcurrían y el agua seguía siendo el enemigo de siempre. El pueblo se había paralizado por completo. Camiones cargaban a los niños y ancianos. La iglesia fue centro de refugio. Los helicópteros eran grandes aves grises que deleitaban a los niños. Trapos de distintos colores saludaban a los tripulantes. Se rezaba por la vuelta a la tranquilidad. Por el comienzo de otros días. Las fiestas patronales habían sido sepultadas por los brazos que cada año estira "la portuguesa". Sortilegio, lo había dicho una mala hora vendrá, luego que pase este silencio.

Allí en su botiquería de mala muerte sentado en el quicio, Sortilegio veía de nuevo las fotografías de sus siete amantes y lloraba.

El tiempo se fue poniendo negro, como amarrado, apretujado en las bellas faldas de las montañas. Todo iba poniéndose oscuro.

Las campanas no dejaron de sonar. Luego se supo que Brígido el hijo único de Simplicia, se ahorcó en el campanario y se perdió con la resonancia del viejo bronce.

Otra tormenta comenzó a desparramarse. Los animales corrían como locos. Las trojas volvían a ser útiles. Los gritos se iban quebrada abajo. Se acaba este pueblo decían en la Iglesia.

Mientras Sortilegio en eso

Pedro Sierra Graterol

estaba. Tratando de hablar con el hombre del cielo. Como siempre, tratando de comprender el significado de esta brutal inclemencia. De estas horas calculadas por la tragedia. En eso estaba, aferrado a la Virgen de Coromoto, con el mentol hasta las orejas. Haciendo con las fotografías de sus antiguas amantes un milagro.

A los tres días, comenzaron a cambiar los rostros. Los pobladores, festejaban el declive de las aguas. Sortilegio seguía aferrado a sus Santos, amarrado a la ternura de la tarde. El entendía que los días de agosto dan vueltas sin predecir tempestades. Todo fue tejiéndose bajo una nueva aurora.

La resolana comenzaba a des-puntar de nuevo y las aguas bajaban tormentosamente. Sólo los residuos de animales muertos sobresalían y las casas parecían una esponja bajo el sol.

Esos son los detalles más oscuros de Papelón. No es lo mismo soportar estas lluvias en los años de mozo, cuando para mí más bien constituían una relación más íntima con Carmen Hilaria, la Negra Núñez, y todas las que desfilaron por mi frente.

De ellas sólo guardo el recuerdo y una sombra de amor latiéndome para siempre. Sortilegio acomodó las tempestades a su manera. Esperó el giro de Septiembre, su buena cara, para enfilear caminos, hacia una parte alta del llano. De su recuerdo sólo quedaron, las viejas fotos de sus siete amantes y la milenaria intención de vivir.

De Sortilegio se supo después, que anduvo haciendo picas con los últimos muslos de su cuerpo. Adentrándose a la siembra. Viendo la resolana como un cohete en la mañana correr sobre el ajonjolí y el trigo.

Sortilegio estuvo sus últimos días frente a la imagen. Así lo dijo después Rafaela, cuando vio la página roja del Diario "Ultima Hora"; edición del día once de octubre de mil novecientos ochenta y cuatro: Muerto Campesino, que partió en dos un rayo de octubre.